

La tipa de negro*

Daniel Pastrana Salcedo**

Todos creen que es alta, de tez muy clara, y delgada como una buena *top model* para los gustos del colectivo. Pero eso no es cierto. Nunca he oído a nadie decir que está guapa y no sé de muchos que la esperen con ansia, que les caiga bien. Siempre quise saber de dónde sacaron que era alta, sí, creo yo, es más bien chaparrita.

Cada lento paso de Miguel le pesa como si se estuviera pisando. Muy seguido sube a la azotea del edificio donde vive, y camina pensativo sobre sus orillas. Lamenta su vida a cada centímetro del enladrillado, tanto, que a veces piensa en caminar más allá de esas esquinas, dar el salto. En una de

esas, cuando una gran pisada de hastío lo tiró, Miguel se levantó vacilante en la cornisa.

— ¡Ay, Dios mío!, señor Miguel, no se mueva por el amor de Dios—, dijo la señora tirando toda la ropa que había lavado. —No se mueva, no haga una tontería—. La señora se encargó de que los inquilinos del edificio subieran a estorbar, paralizándose uno a uno ante una línea pintada por la impresión y el miedo mientras lo miraban. Expandían la diversidad de gestos por el impacto, todos trémulos de acercarse por miedo a provocarlo, todos transpirando terror.

Ese foco humano se movía como un péndulo y cada vez que se asomaba, la orquesta de vecinos daba concierto de rechinado con garganta y abrían los ojos como si con un pestañazo pudieran atraparlo. Miguel sudaba dudas por todo el cuerpo, más frías con el viento sordo. Había perdido la capacidad de escuchar el mundo. Tenía, en un corto paseo, alivio y descanso.

De entre las caras demudadas apareció el impresionante —No te muevas, m'ijo, te voy agarrar—, decía el señor Ontiveros preparándose para ser el héroe del día.

— ¡Miguel, piensa en tus hijos!

No sé quién dijo eso, Miguel no tenía hijos, pero volteó. Ontiveros todavía estaba lejos de poder ayudarlo, entonces ese sonido... y Miguel vaciló torpe girando en la cornisa. Un espectáculo impresionante, la danza de un suicida sobre la barra de equilibrio, y detrás, miles de luces blancas subiendo con el viento.

Rodolfo era un jovencuelo independiente y nuevo en el lugar, sufría del más grande y anciano de los males: amor. Y hablo del que sólo cuentan los



Ilustrador: Ares Omar Huitrón Rodríguez***.

*Cuento ganador del segundo lugar en el Concurso Interpolitécnico 2008 «Rafael Ramírez Heredia»

** Alumno de la ESIA Tecamachalco.

***Alumno de la ESIA Tecamachalco.

poetas y existe tal vez en los pequeños hipocampos. Este muchacho de verdad era un garbanzo de a kilo. Sufría todos los días por amor, y por amor respiraba, tan sólo para seguirla pensando, porque cuando el amor es de uno, respirar el aire vacío sin su aliento sabe a muerte y vivir es lo contrario. Por eso Rodolfo estaba recargado en el antepecho de su ventana, viendo entre sus lentes de agua una pistola, potencial ayuda para su llanto.

Levantó el arma y se deshizo a sus adentros. Temblaba mientras con su brazo formaba el ángulo de la muerte, podría haber roto sus dientes por apretar tanto, incluso descargó su miedo. Un pensamiento huracán hizo que retardara por segundos la apertura de la escuadra. Entonces, ese sonido... y el suicida se vuelve aparición a contraluz, un santo con el brazo levantado y la espalda iluminada por miles de luces blancas que suspiran.

—No manches, wue, ¿a poco sí?

—Sí, me cae.

—No, ¿en serio?

—Sí, chingá.

—Pero cuéntame qué onda, cómo estuvo.

—¿Todo, así, todo, todo?

—Sí, chingá, todo.

—Va. Iba caminando, ya sabes, iba en la pendeja. Pero bueno, voy cuando ¡ah! por cierto, pensando en la pendeja esta, la zorra esta, la hermana de...

—Sí hombre, no importa; otra pendeja.

—Bueno, sí, una más. Voy por ahí cuando me distraigo porque veo a un tipín que viene hecho la chingada desde allá adelante, un pendejo así de chiquito con un trajecito negro, portafolios y toda la mamada, pero así chiquito. El pedo fue que lo vi como a un metro, antes de que el muy baboso se estrellara contra mí. Y esa no fue la bronca, aquí viene lo chido, chocamos así bien cabrón, no manches ¡qué chingadazo!, y el portafolios...bueno, peor con el pinche viento que hacía, no manches.

—¿Qué, qué pasó?!

—¡Oh, chingá! ¿Me vas a dejar decir o te vas a poner de pinche vieja impaciente?

—¡Vieja tu chingada madre, pendejo!

—Ya bailaste.

Se paran, se rompen la madre. Pasadas unas horas y muchas cervezas:

—Yo te...te quiero bonito, ca'.

—Yo tamén, ca'.

—No te enojos por pendejadas, yo soy tu compa, wue.

Otro día, el tema se retomó y el fulanito este siguió contando su historia.

—Bueno, sí, wue, te digo, chocamos y ese pinche sonido, del portafolios salen volando un buen de hojas blancas, pero un chingo, y que se van de madrazo, se veían un buen, como un chingo de luces, comommm....como cámaras, flaches, más bien. Yo con mi cara de idiota, viendo cómo toda la gente las quería agarrar, pero, pues nada más no

podían, nadie pudo agarrar ninguna, bueno casi nadie. En eso, volteo a ver al tipín que, con cara de «ya me llevó la chingada», cierra el portafolios, y todavía dejaban de salir estas madres. Se para y se va hecho la chingada. Yo con mi pinche hueva ni me moví de mi lugar. En eso oigo un plomazo meco, meco...

Y ya toda la gente de boca abierta, sin voz, sin cara y algunos ojos bien cerrados, cuando está a punto de caer aquel muchacho.

El santo Rodolfo tiembla tanto que es más fácil que no se atine, pero también que se mate. Amor, hombres necios que os apendejáis por una mujer y sin razón (la buena de sor Janet). Y a punto de caer, algunos golpes blancos lo tiran sobre aquel enladrillado. Y después de todo, el santito se cae de miedo y deja la pistola por ahí.

La gente se achaparra soltando el suspiro. Miguel se incorpora. Al instante, una hoja solitaria llega casi incrédula a sus ojos, que se demuda al verla, igual que todos. Siete pisos más abajo unas manos jóvenes entienden el mismo mensaje. Y Miguel corre hacia el vacío, al tiempo que salta se oye un disparo sordo que calla al mundo, como si el disparo hubiera dado la orden al participante.

—Y en eso, wue, que veo para arriba y me cae la sangre con todo y pedacitos. Y al mismo tiempo, hasta arriba, un pinche loco se aventó desde la azotea. Y cayeron los dos enfrentito de mí, porque el que estaba en la ventana de más abajo se cayó, pero se atoró tantito en el techito de la tienda.

—No wue, pos es que la muerte...la muerte sí es rara, ¿no? ☹



Ya se acabó.